

José Eusebio Caro

y la cultura nacional

Escribete: RAFAEL GOMEZ HOYOS

Al celebrar el sexquicentenario del nacimiento de José Eusebio Caro, una vez más la Patria y la Iglesia, tan amadas por él y por él glorificadas, se recogen en acto religioso de gratitud y admiración a este gran protagonista de uno de los períodos más trascendentales de su historia; a este ejemplar de humanidad presidido por el signo del genio, cuyo nombre, objeto de contradicción en vida, con el paso del tiempo va cobrando perfiles legendarios en la conciencia del pueblo.

A un mes escaso de su muerte, Pedro Fernández Madrid inicia el himno de alabanzas, llamándole ser privilegiado y excepcional, a la manera de los brillantes fenómenos que visitan de vez en cuando el firmamento, que no se suceden con regularidad, que carecen de tipo y no pueden ser remplazados. José María Samper, su adversario político, le dedica encendidos elogios: "Ilustre escritor, insigne poeta, hombre de gran corazón y encumbradísimo pensamiento". Y deja escapar, dolido de haber sido causa indirecta de su ostracismo, este juicio admirativo: "Era un titán".

Mariano Ospina Rodríguez, su amigo y compañero de luchas, no duda en afirmar que en los últimos cuarenta años no había en Colombia un hombre capaz de competir con él en la variedad y pujanza de talentos, y muy pocos se podían comparar a él por la elevación y nobleza de carácter. Marco Fidel Suárez se atreve a creer que si la muerte no le hubiera arrebatado en edad tan temprana, muy diferente habría sido la suerte de la Nueva Granada. Genio lírico, fue para Menéndez y Pelayo, y para Gerardo Diego, un poeta que vale toda una literatura. En el concepto de Gómez Rrestrepo, es el colombiano que, con su vida y con sus obras deja de modo más evidente la impresión del genio. Rafael Maya lo compara con Goethe por su tendencia irresistible a la unidad, y Pabón Núñez estima, al igual que monseñor Carrasquilla, que es sencillamente el poeta de Colombia.

El homenaje que le fue rendido en el primer centenario de su muerte, alcanzó resonancia continental, sacando valedera la predicción de Suá-

rez, cuando anunció en los finales del pasado siglo, que mientras más años rueden sobre su sepulcro, que fue el inmenso mar, más brillante aparece la estrella de su gloria.

¿Cuál es el secreto de esa personalidad avasalladora que así logra trascender el tiempo olvidadizo y señorear la historia, de ordinario tan esquiva con la grandeza humana?

Un breve análisis de la coyuntura histórica que le tocó vivir, y de la forma como él la vivió, nos ayude acaso a comprender que su gloria, llena de espinas, fue la de los hombres redentores de designios providenciales, que en el lenguaje bíblico arrojan con llanto la semilla, para que otros puedan recoger, con alegría, las gavillas doradas.

Aunque los prohombres de la revolución de 1810 habían presentido la urgencia de cambios sociales, educativos y económicos en el sistema colonial que los regía, e iniciado la revisión crítica del legado cultural español, tenía sin embargo como objetivo común de sus aspiraciones el logro de la independencia política. La unidad de propósitos que esa empresa exigía, la armónica formación que habían adquirido en colegios y universidades, enraizada en las fuentes hispano-católicas, aunque matizada de ligeras influencias anglo-francesas, a la vez que el sentimiento unánime de rebeldía contra la arbitrariedad y el despotismo, dieron a su pensamiento y a su acción un brillo y una fuerza de extraordinaria magnitud.

Empero, muy pronto la república recién nacida, se fue a estrellar en los abruptos escollos del genio de la raza, amigo de contrastes y con irrefrenable tendencia a radicalizarse en posturas extremas. La funesta división, acompañada de imprevisiones y descuidos, llevó a la ruina la obra apenas comenzada; y la represión pacificadora de Morillo perpetuó para la gloria los nombres de quienes sufrieron el martirio como precio sangriento de su creación dolorosa.

Los que sobrevivieron a la guerra magna y quienes a ellos se agregaron en florida juventud, cumplieron la misión generosa de plasmar una Colombia nueva y grande, presididos por el genio de Bolívar. Fue por eso aquella, una generación de plenitud, de recia afirmación de ideales comunes, iluminada por los resplandores de victorias militares y de triunfos diplomáticos, prolongados más allá de las fronteras patrias.

Destruído el sueño de Bolívar y organizada la nación granadina, sobrevino una generación de transición, cruzada de influencias contrarias, y angustiada por la problemática compleja que debía resolver, atraída por diversas corrientes y por lo mismo, inestable y turbada en la búsqueda de un equilibrio, obtenido a veces parcialmente, solo a base de transacciones pasajeras y no satisfactorias.

El primer signo de la crisis fue el ánimo crítico para recibir con beneficio de inventario la herencia española secular y el reciente legado bolivariano.

La tímida sensación de descontento que apuntaba en las clases rectoras granadinas de los últimos decenios del siglo XVIII y estallaba en los tumultos revolucionarios de los Comuneros, ante el evidente fracaso de la política económica de España, tornóse más tarde en abierta hostilidad hacia todas las formas de la cultura heredada de la madre patria.

La bancarrota del imperio español en el nuevo mundo de la economía industrial, afectaba igualmente el porvenir de las nuevas naciones troqueladas en los vetustos moldes. Las virtudes burguesas que habían creado la nueva sociedad y que a su vez eran exigidas por la moderna escala de valores que se hallaba en juego, es a saber, el ahorro metódico y la austeridad rayana en mezquindad, la pasión del trabajo y del esfuerzo tesonero, el espíritu de lucro, aparecían incompatibles con las categorías sociales y el estilo de vida que distinguieron siempre al hidalgo español. La prodigalidad en el gasto, la imprevisión del mañana, el menosprecio de la riqueza como signo estable de poder y de influencia; *el otium cum dignitate* que entrañaba un soberano desdén por las labores mecánicas, las actividades comerciales y las especulaciones de la razón pura; el cultivo acendrado de la propia dignidad, el sentido exagerado de la honra y la fiebre por los cargos burocráticos como señal de preeminencia, eran calidades que habían descendido lentamente de la nobleza al pueblo mismo, hasta configurar toda una raza. El *homo oeconomicus*, causa y efecto de la nueva era industrial, resultaba la antítesis perfecta del *homo hispanus*, tipo de humanidad desadaptado y anacrónico.

La ruptura con la tradición española se traducía también en reacción violenta contra los sistemas educativos implantados en la colonia. Teología y jurisprudencia, filosofía y artes, las carreras universitarias de uso entre nosotros, se mostraban ineptas para las exigencias de una sociedad en vías de transformación, y los mismos métodos de enseñanza eran combatidos con acerbía, debido al predominio de especulaciones inútiles para los requerimientos del progreso científico y económico.

El rápido adelanto de la técnica y el desarrollo de la economía alcanzados por los pueblos anglosajones, así como la evolución de las formas políticas de Francia, deslumbraban a nuestros intelectuales con paisajes de atrayente colorido y los presionaban a la imitación servil de lo foráneo, con menosprecio del espíritu y de las tradiciones de nuestro pueblo.

Entre las más caras tradiciones nacionales, ostentando su natural primacía, figuraba la religiosidad, la cual empezó a atacarse duramente, por hallarse centrada en los actos de un culto esplendoroso y en la proclamación de una fe heredada, intolerable y supersticiosa. Fue entonces fácil recurso enfrentar el catolicismo a la ciencia y al progreso, y combatir el sentimiento religioso como infantil y apropiado solamente para pueblos atrasados y bárbaros. El mito de la ciencia y del becerro de oro se alzaba contra un cristianismo tenido como caduco y pasado de moda, indigno de los espíritus avanzados, también llamados fuertes. Un catolicismo que por otra parte, a consecuencia de las guerras, de la falta de prelados vigentes, de la ignorancia del clero y del laicado, presentaba inequívocos signos de decadencia y de crisis en la disciplina, en la moral y en las creencias.

Otro fenómeno contemporáneo que causó fuertes tensiones y contradicciones, fue la aparición de las concepciones individualistas del Estado, las cuales impregnaron nuestro derecho público e inspiraron el pensamiento y la acción de estadistas y políticos. Estas teorías del liberalismo burgués se entrelazaron entre nosotros con las corrientes benthamistas en su doble contenido moral y jurídico, entronizadas oficialmente en la enseñanza universitaria.

Un torrente de ideas románticas y utópicas en las diversas fases de anarquismo y socialismo, caía simultáneamente desde Francia, adorada y leída con entusiasmo fervoroso, sobre las élites intelectuales, y cristalizaba entre el artesano en centros de organización social y política, que con el nombre de sociedades democráticas y con su acción violenta, fueron factores de intranquilidad y desorden, ante la mirada cómplice de un Estado complaciente y débil.

Este era el panorama desolador que ofrecía el país, desde la tercera década del siglo XIX. Una nación que sufría crisis en todos los valores de su cultura; dividida en grupos políticos sin contenido ideológico definido, pero ágitados por ardientes pasiones; desvertebrada y desequilibrada en lo más auténtico de su ser. El país había caído en el caos, y desorientado y convulso, no sabía cómo buscar el rumbo de su destino histórico.

En este escenario y en este momento histórico surge la figura de José Eusebio Caro. Si es propio del ser humano recibir la influencia del ambiente que lo conforma, es característico del hombre superior reaccionar contra él —si lo halla ruinoso—, reformar el medio y preparar un futuro mejor. Esta fue su misión, y a ella consagró en su brevísimo curso vital, las cualidades eminentes que solo suelen reunirse en hombres predestinados.

El mismo tuvo conciencia clarísima de su destino, y su voz adoctrinadora, hablada y escrita, resonaba con el acento austero de los profetas de Israel. “Los tiempos que la Providencia nos ha reservado —decía— son duros; endurezcamos nuestras virtudes para hacernos dignos de nuestros tiempos”.

Todos los valores tradicionales recibieron la fuerza de su acción y la luz de su pensamiento.

Sobre la familia vertió un caudal poético de sentimiento y de belleza de tal intensidad, que bien puede ser llamado el poeta del hogar. El amor de hijo, de novio, de esposo y de padre, el sentimiento íntimo de la amistad, tuvieron en él un cantor delicado y profundo que sin caer en el fácil peligro de la trivialidad, dio trascendencia metafísica a los temas, hondura lírica y elevada inspiración.

Esforzándose por indagar los fenómenos sociales y enfocarlos con sentido normativo, en pleno siglo del individualismo dissociador y anarquizante, recalcó la importancia de la sociedad familiar, en términos que parecen arrancados a los más modernos tratadistas:

“...Nada suple ni puede suplir ni aun remotamente el perfume de la patria y la dulzura incomparable de los afectos domésticos. La vida de familia! ese es el estado natural del hombre... ese el estado a que el

hombre, en cualquiera situación en que se halle, tiende irresistiblemente. El amor embelleciendo la vida y suavizando sus penas; la paternidad dando al amor un objeto y un pábulo legítimo; el trabajo campestre que robustece el cuerpo, moraliza el corazón y sostiene la familia; amor, paternidad y trabajo, es la vida de familia... La familia! esa es la sociedad fundamental, la sociedad originaria, la sociedad modelo, el principio y el fin de toda sociedad. Nada, pues, más monstruoso, nada más absurdo, nada más odioso y funesto que cualquier institución, cualquier despotismo por el cual se ponga a la merced de un hombre caprichoso la suerte de innumerables familias..."

El misterio del matrimonio, con sus propiedades esenciales de unidad e indisolubilidad, exigidas por fines que trascienden la voluntad contractualista de los esposos; con la intimidad profundísima que reclama su unión; con la espiritualidad del amor que tiene en Dios su principio más alto y se proyecta sobre la tierra con ansias de supervivencia, cómo encuentra en Caro un intérprete elocuente que abunda en las mismas ideas preconizadas hoy por el Concilio Vaticano II, para conjurar la crisis tremenda que afecta a la vida familiar:

"Qué es lo que empuja al hombre tan imperiosamente al matrimonio, a la vida familiar? Es el placer sensual que puede procurarle una mujer considerada como mero instrumento de goces? El joven que esto crea está bien degradado y bien embrutecido... Si ellos fuesen el atractivo principal de la vida doméstica, la comunidad de mujeres con que sueña el socialismo, sería el sistema más apropiado a la humanidad. Pero si esto no es así, si la comunidad de mujeres es un delirio aún más repugnante y odioso que la comunidad de bienes, cuál, es, pues, el atractivo del matrimonio? No es evidente que ese atractivo está en la comunicación diaria, íntima, frecuente, absoluta, de los sentimientos, de las ideas, de los proyectos, de los trabajos, de los pesares, de las alegrías, de dos seres que se unen para siempre; en la educación y crecimiento de los hijos; en el seguimiento progresivo de sus primeras sonrisas, de sus primeros pasos, de sus primeras palabras, de sus primeros estudios, de sus primeras virtudes; en una palabra, en la necesidad que siente el hombre de duplicarse, de multiplicarse, de expandirse; en el ansia que experimenta de engrandecerse, de presentarse ante Dios y los hombres, cargado, agobiado, como el árbol de los bosques, bajo el peso de todas sus cortezas, de todas sus ramas, de todas sus flores, de todos sus frutos?"

Hijo y nieto de excelsos exponentes de la estirpe hispana, no iba a condescender con el prejuicio general de renegar de su raza y de su origen. No se dejó obnubilar por la pasión para enjuiciar, fríamente y con admirable objetividad, la división de los americanos durante la independencia, adelantándose, con Bello, a darle carácter de verdadera guerra entre hermanos.

A pesar del dominio que logró alcanzar del inglés, del italiano y del francés, mantuvo siempre en el primer plano de su estudio y de su afecto el idioma castellano. Leyó con avidez y meditó la Gramática de Bello, "e hizo algunas luminosas apuntaciones sobre el mismo tema. Dejó tam-

bién varios apuntes sobre articulaciones, sobre terminaciones castellanas, sinónimos y otras materias análogas”, según el testimonio de su primer biógrafo y crítico, don Miguel Antonio. Los clásicos del Siglo de Oro complementaron su formación literaria y le dieron claridad de estilo y propiedad de lenguaje, dotes eminentes que hacen el verdadero escritor, y que su mismo hijo —maestro admirable del idioma—, admiraba en él sin temor alguno de ser calificado de parcial.

Los gestos románticos de valor temerario que pasmaron a sus contemporáneos, la arrogante altivez de su carácter que le impulsaba a enfrentarse a sus mismos superiores, amigos y compañeros de partido, contra quienes levantaba el dedo acusador por flaquezas y cobardías que él no toleraba, así como el ascetismo senequista de su estilo de vida, ¿qué otra cosa son, sino rasgos salientes del modo de ser hispánico? Por eso, él mismo exaltaba

*Aquel amor fogoso, extraño, inmenso
que hace bullir mi sangre de español.*

No obstante que reconocía la importancia de algunas virtudes sociales típicas del hombre anglosajón, encontraba en aquellos pueblos el vacío de cualidades que tornan amable la vida y bella la existencia:

“No hay pueblo más laborioso ni más monótono que éste. Los americanos tienen todo: un país inmenso y bellísimo; un gobierno admirable, leyes muy buenas, costumbres severas, todo lo tienen, menos lo que da su precio a todo: el gusto, el agrado, el sentimiento de lo bello. De ese sentimiento carencen absolutamente...”.

Sin embargo, crítico implacable, señalaba los defectos básicos de nuestra cultura despreocupada del progreso técnico: “Suramérica —anotaba con amargura— hasta ahora se ha reducido a un oficio harto vergonzoso y triste: a admirar lo que otros inventan, a hablar de lo que otros hacen”.

En la concepción nacionalista del Estado, Caro asumió un papel restaurador, cuyos saludables efectos se prolongan aún en nuestros días. Aunque en sus primeros tiempos se dejó seducir por el ideal utópico de una sociedad con un *mínimum* de gobierno, como base esencial de la civilización política, y aceptó siempre a plena conciencia los postulados del Estado de derecho, liberal y democrático, sin embargo su lógica razonadora y su agudo sentido de la historia le hicieron pensar en la debilidad de tales principios, y en las dificultades reales de su estricta aplicación al gobierno de nuestros pueblos.

Quería para la república “cabeza que la dirija y pies que la sustenten... cabeza sin nubes y pies sin grillos”. Y agregaba: “Quitad al pueblo su libertad, dejad al gobierno todo poder y solo os quedará una Rusia con su autócrata y un ganado con un pastor”. Su ideal de régimen político en una verdadera democracia, era, por consiguiente, en términos modernos, un ejecutivo fuerte con poderes delimitados y un pueblo con libertades y derechos frente a sus gobernantes.

Con suma clarividencia insinuó el advenimiento de cambios políticos sustanciales, al atreverse a poner en duda el dogma intangible para la época del *laissez faire* y preconizar la intervención del Estado para buscar mayor igualdad social e incremento de la economía nacional.

Con mirada de filósofo y de verdadero estadista empezó a mirar el pasado histórico para encontrar en las libertades municipales —a cuyo amparo se hizo la revolución de independencia— y en las tradiciones patrias, la mejor garantía de nuestra incipiente vida democrática. Hé aquí sus ideas, enunciadas con la severidad y firmeza de un axioma:

“Nuestras instituciones necesitan más estabilidad, más tenacidad. Debe haber más magistratura independiente; deben dejarse más nombramientos al pueblo y a las autoridades locales. Las libertades municipales deben ensancharse. Municipalizar, localizar la mayor parte de nuestras instituciones, es lo mejor que políticamente podemos hacer para asegurar la verdadera libertad... Pero si en el fondo debemos conservar nuestras instituciones, es indispensable, es urgente, trabajar en apropiar nuestros hábitos a nuestras instituciones”.

El 4 de octubre de 1849, en una síntesis armoniosa de sabiduría política, lanza en compañía del doctor Mariano Ospina Rodríguez, el programa definitivo de un partido nacionalista, hasta entonces desorientado y confuso y dueño de nombres que no se adecuaban a su contenido doctrinario. Y dos meses después, en ensayos densos de riqueza ideológica, explica la denominación y los postulados que convienen “al gran partido nacional; al partido pacífico; al partido moral; al partido sostenedor de la verdadera libertad, de la libertad bajo las leyes; al partido promovedor del verdadero progreso, del progreso que para edificar quiere cimientos y que para lanzarse al porvenir busca un punto de apoyo”.

La libertad regida por el derecho; el derecho como expresión y realización de justicia; la justicia iluminada por la ciencia moral, y ésta fortalecida por el sentimiento religioso: hé aquí la esencia del pensamiento jusfilosófico de Caro, que hunde sus raíces en la cultura greco romana, enriquecida por el mensaje cristiano.

En esta misma línea de exposición y defensa de un derecho absoluto e imprescindible, realidad objetiva independiente de la voluntad humana, es preciso exaltar su campaña propagadora de una ética fundamentada no en el cálculo engañoso de los resultados, sino en una ley fija y cierta, que es la ley moral. Hé aquí sus luminosas palabras:

“Esa ley fija necesita en cada hombre un juez que la aplique, un oráculo permanente que la haga hablar. Ese juez, ese oráculo, es la conciencia. Esa ley fija necesita un supremo legislador, infinitamente justo, que la haya formado. Ese oráculo necesita un creador omnipotente que en cada hombre lo haya instituido. Ese justo y supremo legislador, ese creador omnipotente, es Dios. Así, no puede concebirse moral sin Dios”.

Y en otro aparte continúa este inflexible lógico: “La conciencia supone una ley natural, y esta ley un Dios que nos la haya dado. La ley natural es una noción fija, innata y universal en el hombre. Es independiente de los sentidos, luego es inmortal el alma en que se concibe”.

El utilitarismo y relativismo éticos y el sensualismo con que Bentham y Tracy habían envenenado a la juventud granadina, tuvieron en Caro que había sufrido inicialmente su influencia —al más caracterizado impugnador—. Argumentando con principios metafísicos y matemáticos bebidos en fuentes de tan alto linaje como Leibniz y Kant, combatió vigorosamente el principio de utilidad y el empirismo sensualista, doctrinas contrarias a la tradición católica del país y que habían abierto brechas tan profundas y tan graves escisiones en la conciencia nacional.

Nadie como él comprendió las fatales consecuencias del ateísmo imperante en los grupos rectores y de la irreligiosidad e inmoralidad que se extendían entre las clases populares; y se propuso entonces —una vez recuperado el paraíso perdido de su fe católica— emprender una cruzada de espiritualidad que lo había de convertir en el primer adalid, en su época, de la religión católica, “timbre, consuelo y gloria de los granadinos”, según su propia afirmación.

El hábil estratega bajó a la palestra desde donde el mal se había difundido: la educación de la juventud y la imprenta. Allí libró sus batallas de apologista convencido, con argumentos originales, apropiados a la mentalidad nuestra, con un estilo en que brillaban a la par su razón fría y su pasión ardiente, bajo la guía espiritual de Balmes, Chateaubriand, Montalambert, De Bonald, De Maistre y Lammenais.

En su anhelo de reforma del espíritu nacional, aspiraba a articular al hombre granadino a una tabla de valores que correspondiese a las realidades palpitantes del presente y a las nobles tradiciones del pasado. “A cuatro grandes objetos —escribía— debe corresponder la educación: al estado industrial del país; a su estado político; a su estado moral; y a su estado religioso”.

Por esta razón le irritaba profundamente que en universidades y colegios se enseñara “en vez de la doctrina platónica y cristiana, la doctrina francesa, sensual y utilitarista”, y se repartieran y estudiaran “en vez de los Evangelios de los Apóstoles, los códigos de Epicuro”.

“De esta funesta contradicción, —argüía— de la moral con la educación y de la educación y de la religión con las leyes, ha resultado otra contradicción consiguiente en las opiniones y en las costumbres. De aquí la relajación absoluta de la autoridad paterna. De aquí la división de la sociedad en dos clases: una que pretende saber y que desprecia; otra que nada sabe ni cree saber, y que aborrece. Con estos elementos nos estamos preparando para ser libres! Queremos riqueza sin industria, costumbres sin moral y libertad sin religión”.

Nadie sería osado de negar la verdad dolorosa de este diagnóstico, cuando ponía el dedo sobre la llaga que consumía al país y lo llevaría a extremos de miseria y de muerte:

“Las causas de nuestras revueltas son tres: la irreligión, la inmoralidad y el hambre, que toman su común origen, hasta cierto punto, en nuestro detestable sistema de educación que nos ha enseñado a discutir, no a trabajar; a buscar la utilidad, no a practicar la virtud; a creer en la materia y a negar a Dios”.

Moral con religión, y tratándose de cristianos, moral con cristianismo, era la obsesión de Caro: "Dejaos de moral utilitaria: no hay más doctrina moral que el Evangelio, ni más ley moral que el Decálogo".

Si la incredulidad podía producir tan perniciosos efectos en el hombre educado ¿qué decir de las muchedumbres sin freno moral ni esperanzas inmortales? Aquí el estilo y el pensamiento de Caro, vibrante de indignación, asumen un tono grandioso apocalíptico:

"Si a esa muchedumbre le quitáis la noción de Dios, la represión moral, las esperanzas y los temores de una vida futura, a ésa, decir qué le queda, sino los afanes de la miseria actual, en frente y al lado de los goces y comodidades de la opulencia, y los apetitos brutales del salvaje, aspirando sin cesar al perfume irritante de los frutos más sazonados de la civilización? Eso es lo que le queda... y la conciencia de su fuerza y de su número que vosotros venís a revelar!".

Dialéctico insuperable para criticar las contradicciones existentes en la sociedad granadina, señalaba lo aberrante de un gobierno que se declaraba oficialmente protector de la Iglesia y a la vez la hostilizaba, que proclamaba el deber de amparar a los granadinos en el ejercicio de su religión y hacía alardes de intolerancia. Hé aquí cómo concebía él las relaciones de la Iglesia con el Estado y cómo se mostraba partidario de la libertad religiosa:

"En vez de esos intolerantes artículos que declaran que la Religión católica es la única cuyo culto sostiene la República, he pedido la tolerancia religiosa, derecho natural del hombre que la sociedad no debe violar... Hombres religiosos sin fanatismos ni superstición! Hombres ilustrados sin ateísmo! Vosotros que creéis conmigo en la unidad y trinidad de Dios, en la redención de Cristo, en la unidad eterna y soberana de la grande Iglesia, vosotros que juzgáis conmigo que no puede haber religión sin culto, ni culto sin sacerdotes, ni sacerdotes sin pan, decidlo vosotros! Escoged entre las palabras y las cosas, entre un vano mandato y una positiva y eficaz garantía!".

Como soñaba en la transformación del país, en su progreso y grandeza al rededor de la unidad cristiana, en su marcha hacia la paz y la libertad, bajo la mirada de Dios. ¿Acaso no nos vamos acercando en nuestros días a este bello ideal, al superar los grandes motivos que nos dividían y destrozaban y relegar las discrepancias solo a los medios más eficaces para alcanzar el bien común de la patria? ¡Caro, el realista y el visionario! Su poder de adivinación, su facultad de entrever, entre las tinieblas del futuro, sucesos que afectaban a su persona y a la nación, alcanzó la calidad de carisma casi milagroso. ¿No tiene, por ventura, mucho de profético este anhelo que brotaba de lo más íntimo de su alma?

"El día en que el sentimiento religioso penetre realmente en la vida práctica; el día en que la juventud se persuada bien de que negar a Dios es degradarse, y que reconocerlo es elevarse y engrandecerse; el día en que nuestros hombres de Estado tengan presente siempre la noción de Dios como fuente de toda verdad, de todo derecho, de toda justicia, de toda vir-

tud: ese día todos serán conservadores; todos serán cristianos: ese día alumbrará en la República el espectáculo de la Paz verdadera y de la verdadera Libertad!”.

No es extraño que la ambición del joven apologista hubiese querido levantar el vuelo hasta la concepción de una *Filosofía del cristianismo*, obra que resultó superior, si no a su genio, sí a la extrema cortedad de su existencia. Pretendía en ella unir cristianismo y ciencia, partiendo de la problemática del sér. En el desarrollo dinámico de la sociedad, el cristianismo debía aparecer como el elemento cohesivo y ordenador, capaz de frenar los influjos disolventes que suelen presentarse en la transformación evolutiva del mundo social. Uno de los principales capítulos nos revela en su título el alcance y sentido de sus ideas: “Ensayo de una síntesis general de todas las ciencias sociales, o sea exposición de las leyes naturales, en virtud de las cuales el bien absoluto se va desarrollando en el mundo y en la historia en medio del conflicto de los intereses relativos”. Más tarde, preocupado por la inestabilidad de nuestras instituciones políticas y por la impreparación para el ejercicio democrático, emprende una obra de menos extensión titulada *Ciencia social*, y anuncia otra, *La ciencia de la libertad*, en las cuales se centraría su pensamiento social definitivo.

Tampoco nos debemos admirar que sus inquietudes socio-religiosas hubiesen sido llevadas a su mundo poético. Todo en él es un esfuerzo continuado y una tendencia no interrumpida hacia la unidad. Ello explica que ese poema perfecto que es el *Bautismo*, para celebrar la iniciación cristiana de su hijo, resultara un canto magnífico de triunfo y de esperanza en loor de la civilización cristiana.

La idea y el sentimiento de Dios trasciende toda su poesía, por manera que con suma propiedad los críticos han hablado del profundo misticismo que impregna y vivifica su obra poética.

Mas no debemos perder de vista una advertencia que en nada opaca los méritos insignes de José Eusebio Caro, y que antes da singulares resplandores al conjunto de su obra. No fue ideólogo de plenitud armoniosa y meridiana, de equilibrio sereno y perfección lograda; no fue un pensador que llegó por vías fáciles a la cumbre de la síntesis, desde donde pudiese solazarse en la tranquila posesión de la verdad. Habiendo sido oscuro e incierto el comienzo de su ascensión, penoso tenía que ser el recorrido y angustiada la lucha. Y a excepción de los valores poéticos en que José Eusebio fue insuperable, correspondió, por misteriosos designios, a su hijo —cuya gloria fue por él intuída— dar cima a la obra iniciada y perfección a su pensamiento jurídico y político, religioso y social.

La síntesis entre tradición y progreso, fe y ciencia, orden y libertad, jusnaturalismo y positivismo, individuo y Estado, afanosamente buscada por el padre, en medio de contrastes al parecer inconciliables, con agudos conflictos mentales, a través de fuertes tensiones anímicas, resultado de su temperamento romántico y racionalista a la par, en un cerebro en permanente ebullición y un corazón volcánico, solo sería finalmente lograda por el hijo. Las antinomias insolubles para José Eusebio, mantenidas en un juego dialéctico arduo y penoso, se resolvieron en la mente prodigiosa de Mi-

guel Antonio, quien habría de dar a la problemática doctrinaria y a la restauración nacional, intuídas y requeridas genialmente por su padre, la belleza serena y la unidad resplandeciente que podemos admirar en las grandes construcciones de la arquitectura medioeval.

Si el pensamiento de José Eusebio está cargado de tensiones internas, su visión poética nos descubre la entraña de su alma dolorida.

Su constitución mental inclinada y propensa al análisis metafísico de los grandes problemas de la vida, hizo de él uno de los más grandes introspectivos de la historia colombiana. Perteneció a la humanidad agónica, a los hombres de pensamientos abisales, que se vuelcan sobre sí mismos, ahincada y morosamente, para indagar la geografía misteriosa de su mar interior. Hombres que sienten intensamente el dolor de vivir, cantado por Darío. Hombres como Platón, Agustín y Pascal; hombres al estilo de Unamuno y de Marcel.

Es necesario aludir a la problemática que plantean estos espíritus metafísicos y bordear siquiera los contornos del que ha sido llamado existencialismo cristiano, para poder proyectar y quintaesenciar la temática de la poesía de Caro y entender sus interrogantes desgarradores que recuerdan los porqués inquietantes de un Segismundo, y de un Hamlet y las *Horas de Tinieblas* de un Pombo.

Hay una angustia que tiene su razón en el núcleo mismo del ser humano. San Agustín vivió con máxima intensidad el enigma del hombre: "Yo mismo me había convertido en un problema grande para mí", nos confiesa. El alma lleva en sí misma la inquietud de una vida que en sus pensamientos y en sus amores, parece a veces aproximarse a la misma fuente, divina e infinita, y a veces parece sumergirse en el abismo de la nada. Como en el pensamiento de Pascal, el hombre es una nada ante el infinito, un todo ante la nada o algo intermedio entre el todo y la nada. San Agustín se veía en el punto crucial de dos itinerarios de trascendencia infinita y comprendía que en toda historia interior se repite el lacerante problema de esta actitud vital, de esta agonía que se sufre en la íntima soledad del yo.

Este misterio existencial lo canta Caro, con voz desgarradora, en *Eterno adiós*, con palabras que se anticipan a la desolada definición del filósofo Heidegger: "El hombre es el desamparo en la limitación".

*Un horizonte me envuelve; en él mi existencia difundo
y al verme solo en él, con vago espanto
a veces tiemblo, a veces rompo el llanto!
¡Oh! ¡y este horizonte encantado en mi sér, soy yo mismo!
De él yo no salgo, y en él no penetra nadie en el mundo!
Y fuera de él, tras su confín postrero,
oigo gemir sin cesar de la humana miseria el abismo,*

.....

*Dentro del cerco tan solo miro mi propia existencia
de mi memoria miro el negro arcano,*

.....

Oh misterio del hombre! oh gran soledad de la vida!

.....

*Dentro, a par de eremita que gime en ignoto desierto,
mi lira gime en voz adolorida;*

y ay! esa voz que solo en eco incierto

al mundo llega lejana, por mí no más es oída.

Esta tremenda alternativa en que se siente el hombre, constituye su agonía interior: encontrará más allá de la muerte, como término único, la nada, o al contrario, ha de hallar, como fin supremo, la eternidad creadora, el sér subsistente? Esta angustia metafísica, eje y centro de la moderna filosofía existencialista, la había expuesto Caro, en prosa y en verso, en los mismos términos que poetas y filósofos de hoy emplean para desentrañar el fondo del problema:

“Después de haber recorrido una parte más o menos extensa de este globo; después de haber estudiado, de haber sondeado más o menos las profundidades de la ciencia y los secretos de las artes; de una vida más o menos larga, más o menos pura, más o menos pacífica, más o menos agitada, el hombre llega al término inevitable! Pone los pies al borde del sepulcro... y se detiene! Ante su vista se extiende la sombra de la muerte, se abren los senos de la eternidad... La corta vida que le fue otorgada, ha pasado, ha llegado a su último día... no quedan al otro lado de la huesa ya entreabierta, más que dos alternativas: o la Nada! desmayo, oscuridad, silencio eternos! o la Vida! el pensamiento, la palabra y la luz bajo otra forma! Entonces en el alma del escéptico se establece, más terrible que nunca, la última lucha entre los dos principios...”.

En el poema *A mi primogénito*, se hace estas preguntas desgarradoras:

De dónde vienes, sales de la nada...?

Hay nada, pues? hay cosa así llamada?

La nada es el no-ser; puede existir?

Y en *La gloria y la poesía*, deja escapar estos versos impregnados de pesimismo y de sutil melancolía:

No has pensado jamás que de nuestra existencia ignorada

ni una noción la especie humana adquiere,

y que doquier que nuestra planta fuere

siempre envuelta va de Olvido, de Noche y de Nada?

Empero, la respuesta al enigma la halla siempre Caro en lo que el filósofo de Hipona llamaba "La presencia iluminadora de Dios", que ilumina el dolor y la soledad del poeta con destellos de luz inmortal:

*Oye, Dios es: aun más allá del mundo,
y antes que el mundo fuese, El existía.*

Para entender entonces el por qué de las dudas metafísicas que atormentan aun el alma del místico, es preciso tener en cuenta que acá abajo no todo es luz, ni todo es sombra en el centro del espíritu humano. Ya lo torna a decir San Agustín: "Dios doquiera está secreto, doquiera está manifiesto: a nadie es dado conocerlo como es, y a nadie le es permitido ignorarlo". Frase maravillosa, que condensa la razón del misterio interior de nuestras certezas y de nuestras dudas, de nuestros afanes y esperanzas, de nuestras lamos de luz y de nuestras oscuridades, frente a la doble posibilidad de vivir o de morir para aquella Verdad suprema, que, siempre en el pensamiento agustiniano, es "más interior en mí que lo más interior de mí mismo, y más alta en mí, que lo más elevado de mí mismo, y más alta en mí, que lo más elevado de mí mismo".

Ya desde su juventud, Caro nos revela la intensidad de su agonía:

*..... en vano, en vano
luchó y reluchó al borde del abismo.*

Y luego, muy cercano a su muerte, nos repite:

*No sé quién soy, no sé de dónde vengo
Ni qué será de mí.*

Para volver otra vez sobre el tema de sus dudas e incertidumbres:

Nosotros, en sombras envueltos y en mísera duda

.....

De dónde venimos? ¿qué somos? a dó caminamos?

Quién sabe qué suerte mañana la nuestra será!

No todo, sin embargo, es tortura en el alma del poeta, del filósofo y del místico que busca la verdad, que habita en nosotros al decir de San Agustín, la cual no se manifiesta en plenitud, pero sí llena el alma de infinita nostalgia del más allá. Cuando el hombre interior —a semejanza de Caro— alcanza a contemplar desde los horizontes del tiempo las luces aurorales de la eternidad; cuando busca el refugio de la fe, cesa "la noche oscura del alma", y brilla, no la lumbre plena, pero sí la alborada que alegra el alma y la pacifica con el consuelo de la espera cristiana:

*Que solo un corazón que espera, alcanza
el tremendo misterio a penetrar!*

“Es entonces cuando la Fe —termina José Eusebio en tono triunfal— le grita al moribundo desde el fondo de sus entrañas: Nó! la nada no existe! la nada es absurda! tu sér es inmortal! el mundo desaparece, los velos se rasgan, y Dios se presenta!”.

Así, en el pensamiento y en el sentimiento cristiano de Caro, como en el de San Agustín, el misterio del ser no es pavorosa oscuridad de abismos, sino sublimidad de cimas que se pierden en la luminosa profundidad de los cielos. Y se despeja el enigma, cuando, según la bellísima expresión de Cervantes, nuestra hiedra se arrima al fuerte muro de la inmortalidad.

Cada vida es un ensayo de expansión hasta el infinito, escribió profundamente Ortega y Gasset. Y Caro, con similitud impresionante, había dicho: “La gloria de la grandeza humana es la necesidad de expansión del hombre”; expansión que termina en “esa fuente de toda luz y de toda vida que nuestras débiles lenguas llaman Dios”.

Hoy creemos esperamos, al pie del Altar Eucarístico, que el alma grande y atormentada de José Eusebio Caro —mientras se realiza la glorificación del cuerpo— descansa en la paz del Cristo que confesó, con todo su genio, delante de los hombres. El, Luz y Verdad absoluta, ha dado sosiego a su inteligencia; Amor infinito, ha colmado de felicidad su espíritu; Vida y Resurrección, ha saciado en plenitud su sed de eternidad.